

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

El azote de Dios

En esta hora crítica en que se ventila el honor de España luchando contra la morisma, no podía ni debía faltar la palabra de Dios comunicada por los que están constituidos Pastores de la grey cristiana.

Esa palabra ha sonado a de manera enérgica y arrebatadora; el órgano de que se ha valido Dios para hacerla llegar a todos los ámbitos de la Península y a las posesiones africanas ha sido el señor Obispo de Málaga, doctor don Manuel González García, que era el llamado principalmente, por ser diocesano suyo los habitantes de Melilla y pertenecer a su jurisdicción el territorio en donde se desarrollan los hechos de armas que absorben la atención de propios y extraños, para hablar el lenguaje de la verdad, sin ambajes ni rodeos.

Quisieramos copiar toda su admirable Pastoral; pero el exceso de original que nos abruma precisa que hagamos breve síntesis de tan precioso documento, sin que por ello dejemos de transcribir los párrafos más culminantes del mismo, que debieran llegar a lo más íntimo del alma de todos los españoles.

Comienza el docto Prelado su Pastoral manifestando la sorpresa que en todos produjo la hecatombe del Norte de África, precisamente cuando parecía próximo a realizarse el sueño añejo y años acariciado de clavar el asta del pendón de Castilla sobre el último palmo de la tierra africana asignada a nuestro protectorado.

Describe con hermosas pinceladas las conmovedoras escenas a que da motivo la guerra, fijándose principalmente en el espectáculo que ofrece diariamente el pueblo malagueño, y dirigiendo su mirada de padre a sus queridos hijos de Melilla y a las plazas menores, exclama: «¡Hijos queridísimos, nuestra compasión y nuestras oraciones, para que se os abrevie la prueba, os acompañen!».

Y viniendo a lo que el Prelado llama nuestro deber, escribe: «Nuestra boca debe abrirse y nuestra pluma correr para decir la palabra que a un Obispo toca decir».

Considera la guerra desde su aspecto religioso, afirmando que sobre ese gran trastorno de la vida de los pueblos está la acción de la Providencia enderezando el cúmulo de males que acarrea el bien.

«No creemos en el acaso, añade, y así, refiriéndose a los Gobiernos, al Ejército y a los hombres de ley que escudriñan las causas y orígenes de la guerra y estudian los medios para terminar con buen éxito, les dice que no se olviden de mirar por encima de sus protocolos y cañones e instrumentos de gobierno a DIOS, que es fundamento de todo legítimo derecho, el amparador de toda justicia oprimida y el que en definitiva da la victoria».

«¡Dios!—repite.—Esta es la palabra que toca al Sacerdote pronunciar y recordar y hacer que los ojos y las bocas y las intenciones de su pueblo se vuelvan a El; el oficio que le corresponde ejercer cuando ve a su pueblo empeñado en dura guerra.»

Y majestuosamente dice: «Pronunciando su nombre y ejerciendo su oficio, nos levantamos en medio de nuestra amada grey, como los profetas en medio de Israel a hablar al Señor de los Ejércitos en nombre del pueblo, y a hablar a éste en nombre de Aquél».

Y fiel a su propósito exhorta al Clero y al pueblo a que oren juntos. «¡Qué bien sienta la oración a los que lloran!—dice.—Oremos con fe viva, con

conciencia limpia y con acompañamiento de penitencias y obras buenas. Esa oración llega, está segura».

Y después de un ternísimo párrafo dedicado a la protección de la Santísima Virgen sobre el pueblo español a través de la Historia, y de afirmar que un pueblo que ora es un pueblo que vence, entra en otro género de consideraciones, manifestando que aunque no es hora de acusar es hora de rigores saludables, de orientaciones claras y decididas de y rectificaciones urgentes.

Y con la energía y celo de un Apóstol dice lo siguiente:

«Las guerras, aún para los pueblos que las emprenden o las corresponden por justas causas, aparte de los fines honestos y nobles que puedan obtener, tienen razón de azotes y canchales empleados por la justicia divina para castigar y corregir los pecados de los pueblos.»

Como su Providencia se extiende a individuos y pueblos, así su justicia, y como estos no tienen vida eterna como las almas de aquéllos, en la tierra han de recibir el premio o el castigo de sus obras buenas o malas.

Nos duele decirlo, pero nos debemos a la sinceridad de nuestro ministerio. Y es que abrigamos el miedo, harto fundado por desgracia, de que nuestros pecados, singularmente una enorme ingratitud, hayan provocado de parte de la justicia de Dios estas desgracias que estamos lamentando.

No olvidemos que España, entre mil y mil de todos los órdenes, debe al Señor el incalculable beneficio de haberse conservado íntegra en ella la paz mientras el mundo entero se dividía y trituraba en horrible guerra.

La triste situación porque ahora atravesamos nos pone en condiciones de apreciar el valor de este beneficio.

Y preguntamos: ¿España, como nación, ha agradecido, al Señor este beneficio? ¿Ante la tremenda lección y el espantoso escarmiento de la guerra ajena, se ha hecho mejor? ¿Se ha acercado más a la Doctrina y a la Moral del Jesús tan generoso para con ella?

O por el contrario, ¿ha aumentado sus pecados públicos con sus espectáculos cada vez más inmorales, sus propagandas cada vez más impías, sus libros y hojas de día en día más licenciosos, sus diversiones, modas y costumbres locamente desenfrenadas y corrompidas, sus abismos de odio entre clases y hermanos siempre más hondos? ¿Qué tristeza da responder! Responde por nosotros el vicio triunfante en tugurios, casinos, cines, teatros, karsales, cabarets, en la banca, en la industria, en el comercio, en plena calle y en un grado de descoco, y con unos atrevimientos y unas provocaciones y un fausto que acorralan y aterran a las almas no acostumbradas.

«¡Cuántas veces, y permitidos este desahogo, que repetimos no queremos que sepa a acusación, sino a deber de sinceridad y a deseos de salvar a nuestro pueblo; cuántas veces se han acaudado lágrimas a nuestros ojos y hemos sentido en el alma congojas de muerte, al saber que «sobre las hijas», ¡niñas aún, de las familias pobres de nuestros barrios de Málaga se extendía la constante amenaza de lo más torpe de las seducciones, para arrebatárselas en repugnante leva y meterlas, como ave-cillas atolondradas, al barco que las había que conducir a África para pasto de pasiones inmundas...!»

La Junta de Damas para la represión de la trata de blancas y las autoridades a quienes acudimos conservarían de estas escenas datos que asustan.

Y cuando hemos visitado esos mis-

mos campos, regados con sangre cristiana, ¡cómo nos ha subido rubor al rostro y amargura a la garganta y angustia al corazón al ver, a título de no sabemos qué política, que nuestros abuelos no conocieron, manos y dineros cristianos y españoles empleados en construir y reparar mezquitas agarradas y sostener escuelas koránicas, al paso que, cansados de mendigar en vano auxilios y protecciones oficiales y extraoficiales, nos velamos precisados a convertir en iglesias para aposentar a Jesús Sacramento y para dispensar los Sacramentos y la divina palabra, mezquitas y reducidas casas de vecindad, arrendadas alguna vez de propietarios judíos...»

A propósito de esto, transcribe el ilustre Obispo el pasaje que se lee en los capítulos cuarto y séptimo del libro primero de los Reyes, en los cuales se refieren las derrotas que en pueblo de Israel sufrió por parte de los filisteos, y la victoria que obtuvo sobre los mismos cuando los israelitas, obedientes a la voz del profeta Samuel, quitaron de su medio de ellos a los ángeles malos Baalim y Astaroth, hicieron penitencia y oraron al Señor.

«¡Oh! ¡Cuántas y cuántas veces—exclama—se ha repetido en la Historia patria esta lección de la Historia Sagrada!»

«¡Cuántas y cuántas veces, desde el Guadalete hasta Granada, desde don Rodrigo hasta los Reyes Católicos, nuestros filisteos, que son los moros, han probado la presencia de Dios en las tiendas cristianas y se han valido de sus ausencias!»

«¡Señor, Jesús, ten piedad de España, que quiere seguir siendo tu pueblo!»

Dale mano fuerte para dispersar a sus enemigos, que son tus enemigos también.

Hermanos, hermanos, tornados a Dios, quemando los ídolos que lo ofenden, y Dios se tornará a vosotros y hará gritar a la morisma desprovista: «¡El Dios de los cristianos ha vuelto a sus campamentos!»

NUESTROS HEROES

V

González Tablas

Conduciendo un convoy a Casa-Bona inician nuestras tropas e avance, y al que la morisma darle alcance le defiende «El Tercio» y «La Corona».

Al momento la lid tanto se encona que los nuestros se ven en duro trance pero él acude presuroso al lance y el éxito feliz pronto se abona.

Del Gurugú, los suyos, a la falda reclaman con urgencia municiones; él los pertrechos de su carro salda

y corre a socorrer a sus legiones. ¡Al regreso le hieren por la espalda los que saben hacer sólo traiciones!

Dantel F. Ramos

Las Damas de la Cruz Roja

Hermosa es la labor que están realizando las Damas de la Cruz Roja en esta ciudad.

Desde que esta simpática institución se creó en Cartagena no ha cesado de prodigar el bien; en los momentos de angustia y desolación siempre han sido sus asociadas las primeras en acudir y enjugar lágrimas.

En la pasada inundación, de tristísimo recuerdo, fueron ellas postulando por las calles de la población, tarea nada agradable, y luego salieron a repartir lo recaudado a los pobres inundados, contemplando terribles miserias.

Ahora, con motivo de la actual cam-

paña en Marruecos, organizaron la simpática fiesta de la banderita no sólo en Cartagena sino en otros pueblos, en los que pensaron podrían obtener excelentes resultados, labor difícil y pesada que llevaron a feliz término. Como saben los lectores se recaudó en dicha fiesta alrededor de 8.000 pesetas, con cuya cantidad se propuso fundar un hospitalillo de la Cruz Roja para los heridos de la guerra, como los que funcionan en muchas ciudades; pero dificultades surgidas hicieron aplazar esta fundación.

Llegaron los heridos el día 11 de Septiembre y estas caritativas Damas estuvieron a pie firme desde las doce a las cuatro de la tarde en el Muelle, esperando a nuestros soldados y les ayudaron después, con el mayor cariño, a desembarcar, instalándoles en los autos para su traslado al hospital.

Al día siguiente por la tarde, fué la Junta de Damas a repartir entre los soldados y clases tabacos y dinero por valor de 1.129 pesetas, además de prodigarles frases de consuelo que les alentaron grandemente.

Y a partir de aquella fecha, el trabajo de estas señoras y señoritas no cesa un momento. Las Damas enfermeras ayudan diariamente con gran pericia a tremendas curaciones; las señoras alientan y consuelan a los enfermos, escriben las cartas de éstos que por ignorancia o por sus heridas no pueden hacerlo, recojen el correo diario y con el sello de la Cruz Roja, si en la ciudad destinataria está creada esta Institución, o con sellos que con el fondo de la Cruz Roja se abonan, envían las cartas de estos pobres soldados.

También el batallón expedicionario del Regimiento de Sevilla se les repartió medallas de la Virgen Milagrosa y tabacos por valor de 374 pesetas.

A la madre del soldado Luis María, primer herido fallecido en este hospital, por encontrarse en situación precaria se le han enviado 50 pesetas, que es lo menos que se puede hacer por uno de los héroes de Monte Arruit.

Y últimamente, esta Junta de Damas ha costeado de su bolsillo particular los sufragios celebrados en Santo Domingo por los dos soldados fallecidos.

Euforabuenas y agradecimiento sin límites merecen estas virtuosas Damas que llevadas del amor a Dios y al prójimo tanto se sacrifican en favor de la Patria,

EL ECO DE CARTAGENA les rinde su tributo de admiración y simpatía.

Exquisitas natillas tomaréis si empleáis leche pura de vaca de la Granja «La Flora» que vende «La Royal».

Un almuerzo

Al dejar el mando de este Gobierno Militar el Excmo. Sr. D. José Borrada, por quedar en situación de cuartel, ha sido obsequiado con un almuerzo en el «Gran Hotel» por los Jefes y Oficiales de los Cuerpos e Institutos de esta guarnición.

Ha reinado gran fraternidad. Durante el acto un terceto ha ejecutado preciosas composiciones.

Academia de Niñas y Señoritas

Clases especiales de Mecanografía, Solfeo, Piano y Francés. Preparación para el Magisterio y oposiciones. Labores de adorno. Directora: Doña Elisa Nicolich de la Torre. Profesorado competente. Plaza Tres Reyes, 3-B.

Movimiento de personal en Aduanas

TRASLADOS

Don José Martínez López, de la de ésta, a Port-Bon, como inspector de Muelles y Aduanas.

Don Luis Martínez Torres, de administrador de la de Ayamonte.

Don Rosendo Faura, Auxiliar-Vista de la de Irún.

Don Rafael Calvo Miguel, Auxiliar-Vista de la de Huelva.

NOMBRAMIENTOS

Don Gabriel Fernández Shaw, Vista primero de la de esta ciudad.

Don Luis Martínez Escribano, Oficial de la misma.

Don Joaquín Regat Espinosa, Auxiliar Vista de la misma.

Don Arturo Azmarir, Vista de la de Agullas.

Teatro Circo

A causa de los temporales de estos días no ha podido llegar a su debido tiempo el material escénico de la compañía cómica dramática de María Luján, cuyo debut estaba anunciado para mañana.

Probablemente a fines de esta semana comenzará a actuar.

De la guerra

Bufandas para el Regimiento Sevilla

Enviadas el día 25 al Batallón Expedicionario, 427.

Remitieron después de esa fecha al Coronel del Regimiento, que da a todos los donantes las gracias más expresivas:

Antoñita Zamá, 4; señora doña Mercedes de la Cuesta de Malo de Molina, 4; señorita Pilar de la Cuesta, 2; señora doña Caridad Ortaño Viuda de Cantó, 4; señora doña Librada Ortaño de Sánchez Arias, 4; Pepito Flores Hernández, 1; señorita Antonia Fernández San Germán, 1; señorita María Fernanda Barrio Vidal, 1; Excelentísima señora doña María Díaz Spotorno de Guardiola, 4; señora doña María Guardiola Díaz de Gamez, 1.—Total 453.

La becerrada benéfica

Reina un gran entusiasmo por la becerrada que el próximo domingo se celebrará en nuestro caso taurino.

Los trabajos que realizan los camareros van con gran interés y mucho más cuando son apoyados por personas tan dignas como las que constituyen la comisión de espectáculos a beneficio de los soldados de Marruecos.

Párrafo aparte merece la actitud de los empresarios y dueños a la vez del caso taurino, señores Cervantes, que poniendo de manifiesto su acendrado patriotismo y su conocida caridad, han puesto la plaza a disposición de la comisión, siempre que los beneficios sean para los que allí en tierras africanas luchan como héroes por el honor de España, puesto en duro trance por la morisma rifeña.

El espectáculo tendrá muchos atractivos, pues sus organizadores, algunos con más *hechura* que el propio Guerrita, harán pasar una tarde en completa hilaridad a los espectadores que asistan, que, seguramente, serán los mismos que cabida tiene la plaza, con terrado y todo.

De la parte de dirigir la lidia se ha encargado, acogiéndose su ofrecimiento,